



Disney

Cruella

LA NOVELA

Disney Cruella

LA NOVELA

Adaptado por Elizabeth Rudnick
Guion de Dana Fox y Tony McNamara
Historia de Aline Brosh McKenna, Kelly Marcel y Steve
Zissis

Basado en la novela *The One Hundred and
One Dalmatians* de Dodie Smith
Basado en la película *Cruella* de Disney

LIBROS 

© 2021 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Marta García Madera, 2021
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: mayo de 2021
ISBN: 978-84-18555-53-2
Depósito legal: B. 5.747-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Estella, de doce años, estaba montada en la bici y miraba fijamente el enorme edificio de piedra que tenía delante, que exudaba riqueza y privilegio. El día que había esperado siempre por fin había llegado.

Iba a estudiar en una elegante escuela privada. Estaba un poco ilusionada, pero también muy asustada. Levantó la vista para observar el edificio, acariciando sin darse cuenta el forro de la chaqueta, reconfortada por el tacto de la tela. Sonrió. Quizá la escuela fuera como su chaqueta: tenía un aspecto por fuera, pero era totalmente distinta por dentro.

Suspiró. Lo dudaba.

Los niños empezaron a entrar en el patio aparentemente

desde todas las direcciones, con sus uniformes immaculados y planchados a la perfección. Los coches elegantes esperaban en fila para dejar a más estudiantes. Oyó careajadas de niñas que no se habían visto durante las vacaciones y que se reencontraban y las voces más profundas de los niños cuando se saludaban de una forma más reservada. Todo aquello era como un idioma extranjero para Estella.

Se volvió y miró a su madre, que estaba montada en una bici a su lado. El pelo canoso de la mujer parecía estar siempre intentando escapar de su moño torcido y la bata deslucida que llevaba estaba siempre manchada. No se parecía nada a las mujeres que se despedían de sus hijos desde las ventanas de los coches; su maquillaje era impecable y no llevaban ni un botón mal puesto. La invadió una sensación extraña. Al mirar a su madre, casi se avergonzó de ella.

–Recuerda –le dijo su madre, interrumpiendo sus pensamientos–, tienes tanto derecho a estar aquí como cualquier otro estudiante.

Estella se sintió mal enseguida. Su madre la hacía sentir incómoda y lo único que había hecho durante años era apretarse el cinturón y ahorrar para que Estella pudiera ir a aquella estúpida escuela.

Respirando hondo, Estella soltó el manillar de la bici. Puede que no hubiera ido al colegio con aquellos niños antes, pero no iba a dejar que la hundieran o, como mínimo, no iba a dejar que su madre pensara que se metían con ella.

–De acuerdo –dijo con un tono seguro que ocultaba las dudas que sentía.

Su madre asintió.

—¿Y qué le dices a Cruella cuando intenta dominarte?

Estella suspiró. No soportaba que su madre siguiera diciendo aquel apodo para su lado ligeramente «malvado». Pero su madre no se equivocaba al recordárselo. Tenía que controlar su mal genio.

—Gracias por venir, pero ya te puedes ir —recitó obedientemente.

Encantada por la respuesta, su madre esbozó una pequeña sonrisa. Después, miró alternativamente al gran edificio imponente y a Estella, con la mirada perdida. Estella se preguntó en qué estaría pensando. Su expresión parecía atormentada, profundamente triste.

Estella se volvió y miró a un grupo de chicas con sus uniformes y sus sombreros bien colocados en la cabeza. Ella llevaba la misma chaqueta sencilla y fea y la falda a juego que ellas, con algunos pequeños retoques que su madre desconocía, por supuesto. Pero ella no iba a ponerse aquel sombrero. Nunca.

Respirando hondo, Estella volvió a decir adiós a su madre, apareó la bicicleta en una de las barras y se unió a la corriente de estudiantes que entraban en la escuela. Al llegar a lo alto de la escalera, se dio la vuelta. Su madre todavía estaba allí, observando. Estella se despidió de ella con la mano y, después, se volvió y entró en el edificio.

En cuanto su madre ya no podía verla, Estella se quitó la chaqueta. Le dio la vuelta y sonrió. La tela de cuadros escoceses apagada y que picaba fue sustituida por la seda que Estella había teñido de un amarillo vivo. Era chillón y discordante.

Era perfecto.

Estella se volvió a poner la chaqueta y se pasó una mano por el pelo. La invadió una ola de confianza. Siempre se sentía mejor cuando podía lucir sus propios diseños.

Haciendo caso omiso de las miradas de los demás estudiantes, algunos de los cuales se habían parado a mirarla descaradamente y con la boca abierta, Estella empezó a abrirse paso zigzagueando por el pasillo. Incluso con aquella luz tenue, la chaqueta brillaba. Estella estaba orgullosa de sí misma. Había dedicado horas, hasta bien entrada la noche, a crearla. Había trabajado hasta mezclar el tinte perfecto. Y había conseguido la seda cogiendo un trozo tras otro de los encargos de su madre sin que se enterara. El resultado era algo único y totalmente «ella». Por supuesto, eso no significaba que todo el mundo lo entendiera. Los demás estudiantes no estaban acostumbrados a que alguien se pasara de la raya. Se ponían los uniformes y seguían las reglas. Pero a Estella nunca se le había dado demasiado bien eso de acatar las normas.

De repente, dos chicos se pusieron delante de Estella. Ella se detuvo y los miró, impassible. Uno tenía una melena pelirroja y cara de pocos amigos. El otro tenía una mirada cruel que encajaba con su expresión antipática. La madre de Estella la había educado para ser amable siempre, así que hizo lo que se imaginaba que haría cualquier persona simpática: se presentó.

–Hola –dijo, cordialmente–. Me llamo Estella. Soy nueva aquí y tengo ganas de conocer todo esto mejor.

Los chicos no dijeron nada durante un rato largo y tenso.

Después, el chico pelirrojo habló:

–Mira –dijo–. Se ha escapado una mofeta por el edificio.

Estella entrecerró los ojos. ¿Cómo se atrevía a insultarla? Ni siquiera la conocía. Notó que se formaba una pequeña bola de rabia mientras Cruella luchaba para liberarse.

–No les hagas caso.

Al darse la vuelta, Estella vio a una chica más o menos de su edad cerca de ella. Llevaba su mismo uniforme, pero Estella no pudo evitar fijarse en el destello de color que tenía debajo de la camisa de vestir. Quizá hubiera alguien más en aquel sitio con un poco de sentido de la moda. Estella le sonrió, agradecida.

–Claro –dijo Estella, dando la espalda a los chicos–, seguro que me los ganaré. Me llamo Estella.

–Yo Anita –respondió la chica con una sonrisa.

En ese preciso momento, algo húmedo y duro golpeó a Estella en la mejilla. Levantó la mano y encontró una bola de papel ensalivada que se le había quedado pegada en un lado de la cara. Vio al chico pelirrojo y a su compinche riéndose. Parpadeó rápido, luchando contra las lágrimas.

De acuerdo, quizá iba a tardar un poco en ganárselos.



A medida que pasaban las horas, por mucho que Estella se esforzara, los demás chicos parecían decididos a hacer que su primer día de escuela fuera el último. En el pasillo hubo más bolas ensalivadas. Al abrir la taquilla, se la encontró llena de basura. Fuera a donde fuera, oía risas y cuchicheos y una vez incluso pilló a un estudiante señalándola descaradamente. Se había

imaginado que la chaqueta amarilla sería su armadura. Pero pronto sintió que la hacía destacar; en el mal sentido.

Después de comer, que había sido una experiencia espantosa, Estella se sentó en el fondo de la clase. Tenía la vista fija en el reloj de la pared delantera, que marcaba despacio un minuto tras otro. A su alrededor oía risitas. De repente, se fijó en el chico de antes (el pelirrojo), que entraba sigilosamente en el aula. Llegaba tarde, cosa que no era sorprendente, ya que el Pelirrojo Diabólico parecía la clase de chico que no se molestaba en llegar a clase a la hora. Y tenía una mirada malvada. Eso tampoco era ninguna sorpresa.

Fue sigilosamente hasta detrás de la profesora, que estaba escribiendo en la pizarra y no se dio cuenta de que le apartaba la silla con cuidado unos centímetros. No era mucho, solo lo suficiente para que cuando se volviera para sentarse, probablemente se cayera.

Una cosa era que aquel malvado se metiera con Estella, pero ella no podía dejar que también humillara a la profesora. Estella se levantó, caminó el espacio que había entre las mesas e intentó coger la silla.

Por desgracia, antes de que Estella pudiera mover la silla, la profesora se volvió para sentarse y se cayó sobre el trasero. La clase rompió a reír.

–Esto no es lo que parece –dijo Estella, levantando las manos inocentemente.

Desde el suelo, la profesora la fulminó con la mirada.

–Yo... yo... –Estella empezó a protestar. Pero era en vano. La profesora señaló hacia la puerta.

Estella salió con la cabeza alta, pero, en cuanto la puerta de la clase se cerró tras ella, soltó aire, temblando. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Solo era su primer día y ya tenía que ir al despacho del director. Ella era una obra de caridad. Era una alumna becada.

«Tu comportamiento debe ser impecable», le había recordado su madre aquella misma mañana. Con suficientes manchas en su expediente escolar, perdería su plaza en la escuela. Y acababa de recibir su primera mancha.

Se suponía que aquel tenía que ser un día magnífico. Pero Estella solo quería que acabara de una vez por todas.